

SUPLEMENTO

CONSTRUIR COMUNIDAD EN EL SIGLO XXI. REFLEXIONES A PARTIR DEL TEXTO DE ZIGMUND BAUMAN "OBERTURA, O BIENVENIDOS A LA COMUNIDAD ELUSIVA"

Heidy González Gil
Lic. en Psicología



En una comunidad podemos contar con la buena voluntad mutua. Así expresa Zigmund Bauman una de las cosas que hacen posible el sentimiento de vivenciar la comunidad como un lugar de acogida y aceptación. Un lugar regido por la gratuidad y no por el contrato. El bien no se realiza por obligación sino por verdadero deseo de bien de los miembros unos hacia los otros. Es precisamente el ámbito en el que encontramos todo aquello que echamos de menos en estos tiempos de individualismo y competencia. Sin embargo, según este autor, lo deseamos como un paraíso perdido porque no tenemos experiencia diaria de comunidad sino más bien de hostilidad.

La comunidad realmente existente, según Bauman, es una

colectividad que exige estricta obediencia a cambio de los servicios que se ofrecen. *Si sigues este consejo y mantienes selladas las ventanas, el aire de adentro pronto se viciará y terminará haciéndose opresivo.* Hay una dificultad en el privilegio de la comunidad, elegir seguridad significa perder algo en libertad y viceversa, es ello lo que está en el centro de la disputa entre comunidad e individualidad, para la cual no se ha encontrado solución o respuesta adecuada.

Sin embargo, hay una exhortación importante: seguir intentándolo. *“Siendo humanos no podemos ni cumplir la esperanza ni dejar de esperar”.* Esto me remite a la conferencia de Mons. Vicenzo Paglia sobre los desafíos de la vida y el futuro de la comunidad humana, ofrecida en la

IV Conferencia por el Equilibrio del mundo, en La Habana en el mes de enero de 2020.

Allí, Mons. Paglia, Presidente de la Pontificia Academia para la Vida, resalta, ante la tendencia social a un individualismo global, la importancia de una modificación antropológica que -en la conferencia mencionada-, se asocia al significado de la familia en una dimensión de comunidad humana. Hace un abordaje sencillo pero acertado y preciso de los desafíos a los que se enfrenta la vida humana. Su interpretación de estos retos parte de lo que llama el derrumbamiento del “nosotros”, pues señala la obsesión por el destino individual que mueve el comportamiento y las relaciones del ser humano contemporáneo, como la causa primera que quiebra el equilibrio de la vida en esta época de cambio. Inspirado en palabras y testimonios del Papa Francisco, Mons. Paglia retoma la noción “humana communitas” para afirmar que el lugar de pleno

crecimiento y desarrollo de la persona humana se da en la comunidad fraterna.

Esta fraternidad es necesario redescubrirla pues, aunque está en el inicio mismo de la vida humana tanto en su ontogénesis como en la filogénesis, tiende a ser devaluada y desestimada. Por tanto, la nueva dirección que se impone como respuesta al peligro del individualismo está en recuperar el *nosotros*, y hacerlo conlleva una reubicación de la necesaria cuestión ética sobre la vida humana en la medida que la perspectiva global actual se impone.

Después de esto, la cuestión está en incorporar una mirada amplia que se responsabilice por el lugar en que vivimos, “la casa común” como familiarizó Francisco. Finalmente, Mons. Paglia dedica unas reflexiones al valor de la dimensión familiar de la humanidad. De hecho, presenta esta dimensión como el lugar propio en que encuentran su



sentido las reflexiones anteriormente hechas, pues garantizar la vida, la paz y el equilibrio mundial sólo es posible en “*una nueva etapa y familiaridad universal*”.

Como podemos ver, esta perspectiva tiene un valor importante como uno de los intentos que Bauman afirma necesarios en nuestro tiempo. Sin embargo, lo que plantea Mons. Paglia, se hace posible a partir de una modificación antropológica profunda que resignifique la dimensión familiar de la vida humana y restablezca la desintegración global de relaciones y vínculos entre las personas. Y es el mismo Paglia quien afirma que el hombre contemporáneo no tiene fuerza interior para construir la comunidad humana. Ante esto, me pregunto entonces: ¿De dónde podrá nutrirse esta fuerza, si el individualismo deja al ser humano interiormente frío e inhóspito? Me arriesgo en la apuesta por el testimonio que mucha gente continúa ofreciendo en muchos lugares del mundo. Sólo el encuentro con un testigo que de vida a la realidad que testifica puede despertar la fuente interior que en los otros permite el alimento para emprender fraternalmente el futuro de la humanidad.

Es necesaria e imprescindible la experiencia de hacer comunidad, de ser hermano y hermana, de formar parte de una *familia* que valora y cuida tu vida tanto como la de los demás. Estas experiencias son hoy la única vía de verdadera transformación humana.

Otro texto donde hacen eco las palabras de Bauman es la *Ética de la autenticidad*¹ de Charles Taylor. En ese libro afirma que el ideal moderno de la libertad autodeterminada en su recorrido histórico se ha alentado como una empresa puramente personal de autorrealización, lo que instrumentaliza por tanto las relaciones comunitarias e interpersonales. Ante esta concepción, Taylor intenta hacer reconocer el carácter dialógico que se encuentra a la base de toda construcción identitaria: “*El desarrollo de un ideal de identidad generada desde el interior otorga una importancia nueva y crucial al reconocimiento*”. Mi propia identidad depende de modo crucial de mi relación dialógica con otros. Por tanto, considero que lo importante es reconocer ese valor pues, sin duda, el encuentro con los otros es el lugar privilegiado desde el cual llenar de significado el horizonte de nuestras elecciones fundamentales, y del cual alimentar las fuerzas para la reconstrucción que mencionaba Vincenzo Paglia.

Por otra parte, quisiera reflexionar también sobre otro aspecto que resulta interesante en la perspectiva de Bauman. Él sostiene una diferencia entre entendimiento comparti-

do por los miembros y el consenso. El entendimiento de la comunidad precede todos los acuerdos y desacuerdos. Es un entendimiento natural y tácito, no autoconsciente, hablar de sí misma y de su propio valor es contradictorio con el hecho de la comunidad misma. También plantea las definiciones de Redfiel sobre que la unidad prístina de la comunidad depende de que se bloqueen los canales de comunicación con el resto del mundo habitado. Porque está constituido por homogeneidad, mismidad.

Mi pregunta en este sentido viene dada por esta supuesta mismidad: ¿es posible vivir la experiencia de la comunidad al mismo tiempo que esta no se convierte en un marco interpretativo totalitario, sino que mantiene la actitud de diálogo y apertura a otras comunidades? En ello se pone de manifiesto la dificultad de conjugar la identidad y el encuentro con el otro diferente. De ahí que hoy en día se hable de crisis de identidad o en nombre de la tolerancia y una cultura globalizada, se critique a aquellos que permanecen defendiendo ciertas pertenencias comunitaria. Como lo plantea Joan Carrera, “estamos ante una disyuntiva: la pérdida de las identidades fuertes en favor de una cierta identidad más global, o, por el contrario, la recuperación de las identidades bien sea en forma de conflictos entre ellas, bien sea en forma de convivencia pacífica”².

Por eso me parece cada vez más pertinente llamar la atención sobre la importancia de comprender la capacidad del diálogo para posibilitar la integración de diferencias y garantizar el equilibrio interno de las relaciones personales, grupales y sociales en general. El diálogo entendido como la posibilidad de reconocer la riqueza de la verdad que se hace evidente como bien común al trascender la comprensión individual y limitada. Mantener abierto el umbral misterioso de la verdad permitiría esta emancipación y este juego de la libertad en afirmar la pertenencia a una cierta manera de ser, de vivir, de interpretar la realidad, dejando a su vez una apertura a la realidad como signo que siempre llama a conocer más de ella, sin agotarla del todo.

Esto es diferente a la libertad sin pertenencia que promueve el relativismo. El equívoco está en querer adueñarse de la realidad con una imagen totalizadora y querer imponérsela a los que han accedido a otras dimensiones de la realidad en una manera diferente. Por eso afirmo como Gianni Vattimo, que esta nueva posibilidad de libertad que se nos ofrece en nuestro tiempo es altamente problemática y hace necesario más que nunca educar para

la libertad, o de lo contrario sucede, y ya vemos esos efectos como generalidad, que nos dejamos llevar por la banalidad y el vacío de significado.

De ahí que corramos el riesgo de inclinar la oscilación más hacia el desasimiento y perder el equilibrio de la pertenencia, lo que en última instancia aprisiona al ser humano en un individualismo extremo y desarraigado que lo lleva a su propia perdición.

Referencias

1. Taylor CH. Ética de la autenticidad. Barcelona: Paidós: 1994.
2. Carrera I, Carrera J. Identidades para el siglo XXI. Cuadernos de Cristianisme i Justícia. Barcelona 2007; 147.

